

Pan y vino

Anduvo durante más de diez minutos por una estrecha senda entre carrascas. Un olor apetecible le sirvió para asegurarse que aquel era el lugar exacto al que se dirigía.

Dejó atrás el gran bancal de oliveras. En unos minutos ascendió a un llano en el que se encontraba una gran casa de piedra de dos plantas muy bien cuidada. Un huerto con algunas tomateras tardías, berenjenas, cebollas y pimientos se situaban cerca de la casa. Una hilera de espliego ya seco le conducía hasta la entrada principal. El burro se acercó a recibirla. La puerta se encontraba abierta de par en par.

Un rico olor a pan recién hecho invadió la entrada.

Echó unas voces. Un joven se asomó por una pequeña ventana del primer piso. Enseguida bajó para recibir tal grata visita.

Sin prisa sacó el pan del horno, lo colocó sobre una tabla de madera de olivo y dejó que se fuera enfriando. El poder de las notas dulces y tostadas inundaron el ambiente. Al contemplar la hogaza ambos pensaron que las cosas hay que reposarlas.

Los primeros panes le salieron de gruesa costra y tan dura que casi ni se podía morder. Con el tiempo aprendió los secretos de la fermentación, la calidad de la harina y la importancia de la temperatura del agua.

Pasados unos meses consiguió hacer la miga más tierna y con alveolos.

Lo mejor llegaba cuando le sobraba masa. Entonces la extendía a lo largo, marcaba pequeñas hendiduras con los dedos, espolvoreaba azúcar y echaba un generoso chorretón de anís. Aquel toque lo había visto de niño a un panadero bohemio de un pueblo de la comarca vecina. Al sacar la coca cristalizada en la superficie, la casa se inundaba de un olor dulce y anisado. La primera vez que mordió aquella delicia entendió que había merecido la pena llegar hasta allí.

La camisa gris del joven aprendiz de panadero estaba cubierta por una ligera capa de harina. Las manos aunque jóvenes empezaban a verse algo curtidas por los trabajos de albañilería que iba realizando para restaurar aquella vieja casa.

Mucho trabajo quedaba por hacer pero se veía en el despliegue de las herramientas, materiales y organización que aquello iba por buen camino. Pese a vivir en solitario en aquel lugar, la visita de aquella mañana encontró más calor de hogar que el la misma *ecoalde*a que tuvo que atravesar hasta llegar allí.

Se notaba que era un lugar cuidado que transmitía amor, que incluso con el tiempo iba a convertirse en el hogar idealizado que todos quieren cuando pretenden alejarse de la ciudad. Desde luego que ese olor a pan lo decía todo.

El joven le explicó que con los arreglos de la casa había descubierto un tesoro. Aquello lo había interpretado como una buena señal. Fue un día que se encontraba agotado. Se sentía al borde de la desesperación por ver que contra más trabajaba más quedaba por hacer. Estaba apunto de rendirse porque todo eran problemas: una puerta rota, una viga comida por la carcoma o una tubería reventada. Llegó un momento que cayó rendido en el suelo entre los escombros de un muro que se había desplomado. Al intentar apoyarse entre las piedras se percató de un hueco que conducía a unas escaleras en descenso a una especie de sótano. Sin pensarlo bajó con la linterna. Recorrió con el foco cada rincón. Sus ojos se abrieron sin pestañear. Dos murciélagos colgaban del techo. Asombrado pudo ver una lóbrega bodega en la que habían sobrevivido algunos barriles de los que pendían telarañas y yacían botellas de vidrio polvorientas que todavía se conservaban y algunos utensilios.

La sorpresa fue grata porque lo interpretaba como una señal de la casa por dejarse descubrir en lo más profundo de sus entrañas. Reconoció que un lugar así le había conquistado para siempre.

—Así es como tomé mi primer contacto con el vino. Aquellos barriles y botellas lo contenían —le explicó el joven.

—Ya veo que eres bastante autodidacta —dijo la joven.

—¿Quieres ver la bodega? ¿Quieres probar mi primer vino? —preguntó el joven.

—Claro —respondió la joven.

—Ahora ya no hay ni telarañas ni murciélagos —dijo con tono de broma el joven.

—Si ese vino promete como este olor a pan no esperemos más —respondió la joven.

Tras encender la luz bajaron las mismas escaleras de la que fue una oscura bodega. Ahora parecía otra cosa al estar limpia y bien iluminada. El joven había sido el artífice capaz de transformar aquel antro en un pulcro espacio para la experimentación de sus vinos. Dos vitrinas antiguas guardaban botellas etiquetadas de manera artesanal. Dos grandes capazos con tomillo y espliego colgaban de la pared. Apilados se encontraban pequeños platos de una cerámica en una robusta estantería. Un mostrador de baldosas verdes esmaltadas hacía de mesa para realizar la primera cata de un vino recién nacido. Los dos jóvenes alzaron sus copas en comunión con aquella casa que se había dejado querer. Tras probarlo, los dos se miraron con la satisfacción de que aquel hogar había recuperado su espíritu. En verdad, aquella casa tras largos años de abandono retomaba su esencia en forma de pan y vino.